

— ¡Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas de mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
A mi padre y á mi patria,
Que mis torres de Leon
Valen mas que tu Granada.—
Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima:
—Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son mas bellas tus flores,
Por ser tuyas, en Leon,
Y tú diste tus amores
A alguno de tus guerreros,
Hourí del Eden, no llores,
Vete con tus caballeros.—
Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitán de los moros
Volvió en silencio la espalda.

LA MEDITACION.

Sobre ignorada tumba solitaria,
A la luz amarilla de la tarde;
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la muger que amé.
Apoiada en el mármol la cabeza,
Sobre la húmeda yerba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pié.

Aquí, lejos del mundo y mis placeres,
Levanto mis delirios de la tierra,
Y leo en agrupados caracteres
Nombres que ya no son.
Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oracion.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz;
Y se despide del albor del día
Desde una alta ventana de la torre,
O trepa de la cúpula sombría
A la gigante cruz!

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace medrosa huir.
La funeral sonrisa me saluda
Del solo sér que con los muertos vive,

Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va á abrir.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!
¡Por qué una imagen mundana
Viene á manchar mi oracion?
Es una sombra profana,
Que tal vez será mañana
Signo de mi maldicion.
¡Por qué ha soñado mi mente
Ese fantasma tan bello,
Con esa tez trasparente
Sobre la tranquila frente
Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto
Con pompa y mundano brillo,
Se muestra anegada en llanto
Al pié de altar sacrosanto,
O al pié de pardo castillo.
Como una ofrenda olvidada
En templo que se arruinó,
Y en la piedra cincelada
Que en su caída encontró,
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oído,
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente
En la mansion del olvido.

¡Mi crimen acaso ven
Con torbos ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

Cuando estas tumbas visito
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!

A LA ESTATUA DE CERVANTES.

Esa es su sombra... el alma avergonzada,
Para mas no volver, huyóse al cielo:
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo,

I.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado

De la piedra en que está salte á deshora,
Segun se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrara un compañero
Al pié del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,
A quien tender la cercenada mano,
A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso trasparente
Apagada á la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros días,
Yerta figura con ageno nombre,
Como su original arrastra impías
Horas de duelo en la mansion del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado.
O envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy en la inmóvil colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza,
Y está sombrío en pié sobre la altura,
Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus piés, negro milano
Que á la boca asomó de un hormiguero,
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece á su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo entre los árboles perdidos
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caidos,
Las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al occidente,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre ó indolente.

Hubo un CERVANTES cuando aquel vivía,
Cuando en vez de esos hierros era un hombre,
Llamáronle poeta, y poseía
Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta
Y le escondió en su seno el torbellino,
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.

¡Por qué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormía?
¡A qué traerle con tenaz empeño
A sufrir otra vez la luz del día?

¡A qué su sombra de la tumba alzarón
Estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,

Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas:

Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde,
La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba:

¡Qué piensas del mundo, dí?
Tú que le dejaste ya,
Cuya voz no se alzaría,
Cuya sombra quedó aquí.

¡Qué piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un día
Embriagado en una orgía
Mientras su nacion combate?

¡Qué piensas tú de esos reyes (1)
Que arrastra un frenado bruto
Entre vírgenes de luto
Huérfanas hoy por sus leyes?

¡Qué piensas, genio inmortal,
De ese pueblo soberano,
Que abre paso á su tirano
Sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro,
A quien condena la suerte
A sufrir desde la muerte
En tu patria tu destierro.

¡No es cierto que allá en su afán
Espera tu desconsuelo
Que te arraste por el suelo
Un revoltoso huracán?

II.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
En extranjero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *Sambenito*,
Que vierta infamia en tu española cuna.
¡Hora te trajo á luz desventurada!
¡Español eres...? lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.
¡Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,
Recuerdo que los tiempos han roído
Que algun rico libró de la carcoma!
Maldita es tu mision sobre la tierra;
Los que mueren sus males acabaron,
Todos sus restos su sepulcro encierra...
Los tuyos del sepulcro se robaron.

Helo allí que se levanta
Como fantasma furioso,
Que magulla con su planta
Los que á su morada santa
Van á turbar su reposo.
Porque su nombre y su gloria
Tan solo al tiempo vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no.

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

Que por eso en su amargura
 Abortó un libro coloso,
 Que á su renombre asegura
 En las edades reposo.
 Cuando los siglos le lean
 Hará que los siglos vean
 En su cubierta roida,
 En caracteres gigantes
 Dos genios con una vida,
 Un *Quijote* y un *Cervantes*.
 Y si entre la espesa bruma
 De esta edad que bulle inquieta,
 De hediondo mar alba espuma,
 El genio de otro poeta
 Despliega su blanca pluma;
 Si algun bardo colosal
 Levanta entre la tormenta
 Su cántico celestial,
 De una centuria sangrienta
 Salmodiando el funeral;
 Cuando el tiempo, hombre sombrío,
 El orbe rompa á pedazos,
 Que sostenido en tus brazos
 Huya su cuchillo impío;
 Y en el día de furor,
 Cuando al eco atronador
 De la funeral trompeta
 Se junte el mundo en un valle,
 Mándale al mundo que calle,
 Y dile que era un POETA.

ELVIRA.

Con furia en el bosque luchaban los vientos:
 Del pino tronchado sonoro estallido
 Se oía crujir,
 Y el ave agorera sus tristes lamentos
 Callaba, y del trueno lejano el bramido
 Se hacia sentir.
 Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
 Que en sulcos deformes la tierra partía
 De angustia colmada:
 Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,
 El hombre dijera que el mundo se ardia
 Tornando á su nada.
 Encina nudosa nacida entre peñas
 Por donde derrumba su espuma un torrente,
 Se mira á lo lejos:
 Y apenas alumbraba el rayo en las breñas
 El arco ruinoso de gótico puente
 Con tibios reflejos.
 Suspenso en la cima del arbol añoso,
 De ramas tejido descende un asiento:
 En él aparece
 Fantástica bruja de aspecto asqueroso
 Sentada y serena.—Con ímpetu el viento
 Silbando la mece.
 —Ví palacios magníficos un día
 Cuando fortuna en torno me reía,
 Ví donceles y dueñas,
 Que humildes me acataban;

Los vientos no zumbaban
 Entre las rudas peñas.
 Y oía yo cantares regalados,
 Y oía al par los ecos apagados
 De una lira distante;
 Porque es grato á las bellas
 Escuchar las querellas
 De su bizarro amante.
 Gimió el clarín y se lanzó la guerra
 Bramando de furor—mustia la tierra
 Lloró por su venida,—
 Y vestido de acero
 Fué al campo el caballero,
 Y allí perdió la vida.
 Y entraron victoriosos los contrarios
 Respirando venganza —¡Sanguinarios!
 Mis tierras ¡qué se hicieron?
 Mis fieles servidores
 En medio estos horrores
 Luchando sucumbieron.—
 Y el último era un héroe— y yo vagaba
 Allá en su mente á tiempo que espiraba!
 Muriendo ¡ay! me decia:
 “Mi Elvira encantadora,
 Lloro tu esposo, llora
 Sobre mi tumba fria.”
 Lloré, y venganza le juré á mi esposo,
 Y se la di, que incendio estrepitoso
 Consumió los salones
 Que vivió su asesino;
 Solo halló cuando vino
 Denegridos terrones.
 Contra su altiva frente el cielo mismo
 Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
 Le tragó del torrente.
 Yo le miré suspenso
 Sobre el espacio inmenso
 Maldecirme demente.—
 Y me gozaba, y aplaudía en tanto,
 Y daba al viento el desacorde canto
 De la venganza mia;
 Y oí sonar cercana
 La lúgubre campana
 Al tiempo que moría.
 Crece ahora huracán—alza bramando
 Tu saña contra mí—yo iré cantando
 Mis himnos funerales;
 Con mis manos heladas
 Yo romperé selladas
 Las puertas infernales.

Cantaba la vieja: con sordo mugido
 Los vientos llevaron su triste canción:
 Del rayo en un punto el arbol herido,
 Con ella caía:
 Su grito de muerte se oyó, y todavía
 Vagó por sus labios postrer maldición.

LA TARDE DE OTOÑO.

Ya viene el revuelto otoño
 Recojiendo fresco y flores;
 Pasó el sol con sus calores,
 Y alumbraba al fin otro sol:
 Pasaron las alboradas
 Delicias de la aurora,
 Que el horizonte colora
 De purpurino arrebol.
 Pasaron las noches claras
 De la luna y los jardines;
 Las noches de los festines
 Tras el otoño vendrán.
 Pasó el tiempo de las citas
 A deshora entre las rejas,
 Los cuidados de las viejas,
 De las niñas el afán.
 Pasaron las serenatas
 Debajo de los balcones,
 Las rondas y las canciones
 Del mancebo emprendedor.
 Todo es ya triste: la tierra
 Pierde su brillante aliño,
 Y el amor, que es pobre y niño,
 Alivio busca al calor.
 Mas si se envuelve la noche
 Entre su sombra importuna,
 Si pierde su blanca luna
 Y sus horas de placer;
 Si pierde la fresca aurora
 Sus aromas y sus flores,
 Sus nubes de cien colores,
 Su aureola de fosfores;
 Le queda en cambio á la tarde
 Todo el encanto del día,
 Y henchida de su armonía
 Sale el sol á despedir.
 Bella es la tarde que baja
 Por el rosado Occidente,
 Y se apaga lentamente
 Para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,
 Y el firmamento una hoguera,
 Es oro la ancha pradera,
 La ciudad, el río, el monte.
 Rey de los astros, el sol,
 Del regio trono al bajar,
 Su pompa querrá ostentar
 En su manto de arrebol.
 Por eso suspenso está
 De su reino á la salida,
 Jurando á su despedida
 Que mañana volverá.
 Banda de nubes de grana,
 Que con sus reflejos tiñe,
 Flotando en torno le ciñe
 Como turba cortesana.
 Ráfagas mil que se cruzan,
 Filigrana de la tarde,

El sol que á su espalda arde
 En colores desmenuzan.
 Y al hundirse en Occidente
 Partida en muchas la llama,
 Por el cielo se derrama
 Fosfórica y transparente.
 Es la postrera sonrisa
 Del bello día que acaba,
 Que de esa luz arrancaba
 Su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma
 Por sobre la roca calva,
 Remedo de la del alba
 En frescura y en aroma.
 A su venida tardías
 Cierran su cáliz las flores,
 Y trinan los ruiseñores
 Sus postreras agonías.
 Se les ve buscar la sombra
 Entre las desnudas ramas,
 Porque sus hojas de escamas
 Sirven al suelo y de alforbra.
 Que ya el inconstante viento,
 Del otoño que aparece,
 En los árboles se mece
 Con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,
 En vez de la que él deshizo,
 Orlará el campo pajizo
 La purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
 De la montaña en la falda,
 Vestirán su áspera espalda
 Con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos
 Como fantasmas deformes,
 Traen en sus pliegues enormes
 Vientos de invierno escondidos.

El arbol en largas hebras
 Hiende sus cortezas vanas,
 Y anuncian lluvias lejanas
 Las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,
 Graznidos á su garganta;
 Rey del viento se levanta
 Entre la tierra y el cielo.

Se oye de alguna paloma
 Perdido el último arrullo,
 De alguna fuente el murmullo
 Que entre los juncos asoma.

Queda el mundo en soledad,
 Y en el aire alzan su imperio,
 De las sombras el misterio,
 Y el humo de la ciudad.

INDECISION.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
 Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
 Un sol de fuego iluminado el día,
 Aire de aromas, flores apiñadas:

Y en medio de la noche magestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.
¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores;
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruisiñores.

Y la noche las orlas de su manto
Arrastra fugitiva en occidente;
Y la tierra despierta al fuego santo
Que reverbera el sol en el oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado,
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.
Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hogueras hay á cuya roja llama
Se alza un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera,
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en los bosques gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya estensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entreabierto boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas. . .

Arranca, arranca, Dios mío,
De la mente del poeta
Este pensamiento impío
Que en un delirio creó;
Sin un instante de calma,
En su olvido y amargura,
No puede soñar su calma
Placeres que no gozó.

¡Ay del poeta! su llanto
Fué la inspiración sublime
Con que arrebató su canto
Hasta los cielos tal vez;
Solitaria flor que el viento
Con impuro soplo azota,

El arrastra su tormento
Escrito sobre la tez.
Porque tú ¡oh Dios! le robaste
Cuanto los hombres adoran;
Tú en el mundo le arrojaste
Para que muriera en él;
Tú le dijiste que el hombre
Era en la tierra su hermano,
Mas él no encuentra ese nombre
En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera
Para el viaje de la vida
Una hermosa compañera
Con quien partir su dolor;
Mas ¡ay! que la busca en vano;
Porque es para el ser que ama
Como un inmundo gusano
Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,
Y el amor en las mugeres,
Y el placer en los amores,
Y la calma en el placer:
Y sin esperanza adora
Una belleza escondida,
Y hoy en sus cantares llora
La que alegre cantó ayer.

El con los siglos rodando
Canta su afán á los siglos,
Y los siglos van pasando
Sin curarse de su afán.

¡Maldito el nombre de gloria
Que en tu cólera le diste
Sentados en su memoria
Recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,
La noche alarga su duelo,
La aurora escribe en el cielo
Su sentencia de vivir:
Fábulas son los placeres,
No hay placeres en su alma,
No hay amor en las mugeres,
Tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema:
Hay flores que se marchitan,
Hay recuerdos que se agitan
Fantasmas de maldición.
Si tiene una voz que canta,
Al arrancarla del pecho
Deja fuego en la garganta,
Vacío en el corazón

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
Se mira el mundo á nuestros piés tendido,
La frente altiva con las nubes toca. . .
Todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado
En los bordes se duerme de la vida,
Y de locura y sueños embriagado
En un festin el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
El tiempo entre sus pliegues roedores

Ha de llevar el bien que no gocamos,
Y ha de apagar placeres y dolores.
Cantemos de nosotros olvidados,
Hasta que el son de la fatal campana
Toque á morir.—Cantemos descuidados,
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.

Eran aún los agitados días
En que mi juventud abandonada
Adivinó tal vez horas impías
Entre el crespon de la insondable nada;
Cuando con ojo avaro y penetrante,
Aun no poeta el porvenir medita
El niño, y ve pasarle por delante
Arida nada que su sed irrita;

Cuando el nombre del niño no es un nombre,
Cuando la idea informe no es idea,
Y en el alma del niño nace el hombre
Que idea y nombre se conquista y crea;
Entonces de la vida en el vacío
Soñé un bello fantasma que rodaba,
Gota brillante y fresca de rocío
En flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente
Puro y tranquilo como sel que nace,
Como se rompe el agua de la fuente
Y rodando en la yerba se deshace.

Era la forma trasparente y vaga
De un arcángel que cruza el firmamento,
Era un pliegue del viento que una maga
Vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde
Entre el leve vapor de ancha laguna,
En cuyo fondo con las algas verde
Tibia refleja amarillenta luna.

Era en la mente perdida
Entre suspiros de gloria,
La esperanza y la memoria
Del amor de una muger:
Recuerdo en alma de niño,
Amor en alma de hombre,
Blanco fantasma sin nombre
Y sin hora en que nacer.

Permite, dulce embeleso,
Que mis labios en tus labios
Pongan un ardiente beso
Que se oiga en el corazón:
Que la mente del poeta,
En su entusiasmo violento,
Beba en tu mirada inquieta
La fogosa inspiración.

Que en la noche tempestuosa
Será bello ¡amada mía!
De la lluvia áspera y fría
Al desigual susurrar,

Tener contigo un poeta,
Sentado á la roja llama,
Con un corazón que ama
Y una voz para cantar.

Será bello en puro día
De fragante primavera
Su fanástica armonía
Escuchar en un jardín,
Y que en la ruidosa fiesta
Levante robusto canto,
Y que te vele tu siesta
Después de largo festin.

Te diga los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador:
Y en la tibia madrugada
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente,
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar;
Os encuentre la mañana
Y resbale vuestra vida,
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.

ORIENTAL.

Mañana voy, nazarena,
A Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana
Al compás de mi cadena.

Cuando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores
En la sangre de sus manos.

Valiera mas que cautivo
En esa torre acabara
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendas ¡ay! bien cara.

¡Adios! tu esclavo mañana
Ya no ha de causarte enojos;
Pero es esperanza vana;
Cautivo quedo, cristiana,
En la prisión de tus ojos.

¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¡Qué ha de valerme la vida,
Si no he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida,
Ni en mi Córdoba la bella?

De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna;
Hija del suelo español,
Tú eres mi sol y mi luna. . .
La aurora y el arbol.